

Rendir homenaje a un gran amigo y colega con el que llevamos compartiendo cosas públicas y privadas, académicas y domésticas medio siglo, que no es cifra baladí, produce sensaciones de diversa índole. De un lado, momentos singulares, de otro, los puramente anecdóticos que afloran más fácilmente cuanto mayor es el tiempo transcurrido y, por último, los que permanecen en el recuerdo personal porque pertenecen a ese ámbito más reservado que debe seguir siéndolo.

La relación de amistad con Guillermo Fatás Cabeza viene de muy atrás, más que esos cuarenta y dos años que ahora nos sirven de excusa para revisar un tema en el que indirectamente él tuvo algo que ver, el del estudio por mi parte de Bilbilis, la ciudad del Jalón por antonomasia, la de Marco Valerio Marcial que no es decir poco, o más tarde para la segunda firmante que recogió el guante

del monumento funerario de Sofuentes, publicado por los otros dos citados.¹ A Bilbilis fuimos Fatás y Martín-Bueno, con Concepción Blasco Bosqued, apretados en el Seat 600 del profesor Antonio Beltrán, una calurosa tarde de junio de 1966, aprovechando su viaje al Instituto de Calatayud, a un tribunal de reválida de 4º ese día. Nos había preguntado si conocíamos Bilbilis en directo, porque en clase ya se había encargado él de que así fuera. Ante nuestra respuesta ne-

gativa nos dijo: —Eso se arregla enseguida, como iré al tribunal de reválida os llevo y visitáis las ruinas mientras examinamos. Dicho y hecho, allí nos vimos los tres, caminando con un sol de justicia, tras atravesar la Puerta de Soria por una carretera estrecha con muchos baches, camino del cementerio y luego a la izquierda hacia el monte, por el desvío a Embid, no tiene pérdida.

En efecto, no tenía pérdida pero el sol inmisericorde de las tres de la tarde hizo que nos acordásemos de muchas más cosas de las necesarias. Menos mal que nuestra experiencia de *boy scout* hizo que en la mochila hubiera una cantimplora, bolsas, picoleta y un maletín. Íbamos provistos del calzado adecuado, éramos estudiantes de arqueología entonces, mis compañeros dos cursos su-

NOTAS SOBRE EL URBANISMO DE BILBILIS CUARENTA Y DOS AÑOS DESPUÉS

Manuel Martín-Bueno

UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

M^a Luisa Cancela Ramírez de Arellano

IAACC PABLO SERRANO

1 FATÁS, G. / MARTÍN-BUENO, M.: «Un mausoleo de época imperial en Sofuentes (Zaragoza)», *Madrider Mitteilungen*, 18 (1977), pp. 232-271. CANCELA, M.L. / MARTÍN-BUENO, M.: «Hispanie romaine: architecture funéraire monumentale dans le monde rural», *Monde des morts, monde des vivants en Gaule rurale (I- s. av. JC - V s.ap. JC)*, Tours, FERACF / La Simarre, 1993, pp. 399-409. CANCELA, M.L.: «Los monumentos funerarios de las elites locales hispanas», *Élites Hispaniques*, Pessac, Ausonius, 2001, pp. 105-120.

periores al mío. Un campesino con un ojo opaco, delgado y nervudo que nos encontramos, nos dijo: —Nada, chavales, tirad para arriba y ahí está.

Pocos años mas tarde Isabelino, que no era otro y que sigue viviendo a los pies de la ciudad, en la casa junto al antiguo paso a nivel del ferrocarril, fue contratado desde las primeras campañas de excavaciones.

Llegamos a Bilbilis sin darnos cuenta; lo hicimos cuando empezamos a encontrar algunos fragmentos de *terra sigillata*, clavos y fragmentos de hierro, cerámicas comunes y estructuras que rápidamente llamaron nuestra atención porque eran los muros de aterramiento que menciona Marcial en sus epigramas para hablar de una ciudad construida escalonada. Nosotros, que en esos tiempos de la vieja licenciatura del plan de 1952, ya sabíamos latín, algo de griego y estábamos familiarizados con las *Fontes Hispaniae Antiquae* que editaba la Universidad de Barcelona, que conocíamos a Estrabón, Plinio y otros autores clásicos, amén de los estudiosos modernos, de inmediato empezamos a imaginar la ciudad y el que escribe estas líneas, pocos años después, a desconfiar de las imaginativas propuestas de algunos estudiosos, como Galiay, Dolç, López Landa e incluso Narciso Sentenach y el alemán Adolfo Schulten, lo que ya era mucho poner en cuestión en aquellos tiempos.

Aquella tarde regresamos con varias ideas firmemente asentadas, tras recorrer arriba y abajo Bilbilis, mejorando nuestro entusiasmo conforme bajaba la intensidad solar del inicio de aquel verano que nos iba a marcar de por vida, al menos a mí. Por una parte, que aquellos hispanos romanizados no tenían un pelo de tontos porque desde el punto de vista estratégico habían escogido un lugar extraordinario para crear una ciudad, que según el librito de García y Bellido, *Urbanística de las grandes ciudades del mundo antiguo*, de 1966, que dominábamos de cabo a rabo, se englobaba entre las nacidas espontáneamente, con un urbanismo adaptado a la geomorfología del terreno. Que la ciudad tenía murallas, porque finalmente con la caída del sol aparecieron nitidamente ante nosotros y recorrimos una parte; que la ciudad tuvo un serio problema con el agua (antes de todas las movidas posteriores con el líquido elemento), que nosotros habíamos descubierto en una tarde algo trascendental. Que habían construido un número importante de cisternas, en una de las cuales, arriba del todo en el collado entre Bámbola y San Paterno, todavía *manaba agua*, lo que confirmó un pastor que también hizo alguna broma por nuestro aspecto capitalino. Verificamos, y regresamos tan satisfechos, que Marcial tenía razón, vaya ocurrencia la nuestra, porque esa ciudad de *acutis pendentem scopolis, pendula tecta, acri monte*² la teníamos ante nuestros ojos y era verdad lo que decía el poeta bilbilitano emigrado a Roma.

A la caída del sol regresamos al encuentro de Antonio Beltrán, más contentos que unas pascuas, reventados por la caminata, pero habiendo aprendido, una vez más, que en las prospecciones es conveniente haber preparado debidamente la excursión, haberse leído las fuentes, la historiografía si la tenemos a mano, que siempre hay cosas que leer, para no echarse al monte a dar palos de ciego, que es lo que ocurre tantas y tantas veces con poco provecho.

Entonces seguro que de haberse conocido ya las técnicas sobre prospecciones selectivas, extensivas, por bandas o zonas, etcétera, con que nos han deleitado luego sus creadores, habríamos aprovechado mejor la visita, pero habríamos pensado menos en el terreno y en su pasado que en encontrar materiales y, por lo tanto, los resultados hubieran sido menos relevantes en lo esencial: hacernos una idea aproximada de cómo era la ciudad que viera nacer a Marcial, la que escuchó el fragor de la batalla entre Metelo y Sertorio del año 74 a. E., según Polibio, o la que años más tarde celebraría en su foro, apenas planificado, la noticia del ascenso a municipio de ciudadanos romanos con el que Augusto la había distinguido al convertirla en *Municipium Avgvsta Bilbilis*.

En el recorrido de aquella tarde por el monte encontré en la ladera del Barranco de los Sillares un pequeño fragmento triangular de *sigillata* con una figura en relieve de un arquero arrodillado. Aque-

2 Marcial, *Ep.* X,13,2; V,1.



fig. 1. Bilbilis, conjunto del teatro y foro.

Ila TSH Drag. 37 estuvo tiempo y tiempo en nuestro despacho de la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza, despacho de colaboradores, que compartiríamos desde 1969 Fatás, Barandiarán y Martín-Bueno, el mismo que ahora ocupo yo solo. Aquel fragmento del arquero arrodillado fue un talismán, porque dándole vueltas y recordando el calor pasado aquella tarde en Bilbilis me decidió a dedicar mi investigación preferente a la ciudad del Jalón, a la patria chica de Marcial y en ello seguimos.

En 1972 publicamos: «Notas sobre la urbanística de Bilbilis», en la revista *Estudios*, que nació precisamente ese año con su número I, que siguió con el II al año siguiente y que vio la luz su número III, el postrero, en 1977, por falta de recursos económicos. Fue un magnífico y entusiástico intento, encabezado por Ignacio Barandiarán y los jóvenes que convencimos al profesor Beltrán, de que aunque existía la revista *Caesaraugusta* fundada por él desde la Institución Fernando el Católico, en la que tenía salida natural nuestra incipiente producción científica, disponer de una revista propia en la Facultad daría lugar a fructíferos intercambios que ahora no llegaban de manera regular, ya que *Monografías Arqueológicas* era intermitente y eso repercutía.

Aquel artículo, hoy rareza bibliográfica, comenzaba diciendo que se inscribía: *Dentro de nuestro Plan de Investigación a desarrollar durante los cursos 1970-1971 y 1972 sobre la zona neurálgica del valle medio del Jalón y su situación dentro del contexto del valle medio del Ebro.*

El planteamiento de la autopsia topográfica de la ciudad en la que el terreno ejerce un determinismo arrollador, ya quedaba de manifiesto desde el primer momento, influenciados, sin duda, por las definiciones de García y Bellido, así como de Lot,³ muy en boga entonces. Se afirmaba, y hoy sigue siendo válido, el argumento de que el terreno escogido influyó de manera decisiva en la configuración urbana a lo que hoy podemos añadir que se intentó organizar, a partir de la gran reforma que sufre la ciudad tras la concesión del estatus municipal por Augusto, una ciudad que cumpliera con los preceptos básicos del urbanismo romano, que ya conocía por el asentamiento desde la primera mitad del siglo I a. E. de itálicos que quedan atestiguados por los propios reversos monetales de la serie BILBILIS-ITÁLICA en alfabeto latino, que seguramente habitaban ya en una ciudad de derecho latino.

En 1972 pensábamos, por la tradición historiográfica general y por el escaso conocimiento estratigráfico de la ciudad, que el núcleo indígena estaba situado en su parte alta; para ello se argumentaba con los criterios generales y con las opiniones de quienes nos precedieron como Sentenach⁴ que lo colocaba directamente en la cumbre de Bámbola (711 m). En los primeros años nuestras excavaciones revelaron que, si bien hubo asentamiento muy limitado en esas alturas, no fue tan antiguo, con carácter artesanal y defensivo básicamente, pero no necesariamente indígena, ya que con posterioridad hemos podido demostrar que buena parte de esa zona superior estuvo dedicada a la extracción de piedra –canteras–, para construir la propia ciudad, de las que quedan frentes bien evidentes en diversos puntos: zona de acarreo, una rampa que llega hasta la parte superior de la manzana de las termas, hallando alguna herramienta para estos menesteres extractivos en la zona alta de la ciudad.

Nos hicimos eco entonces de las afirmaciones de Sentenach, para quien la muralla se limitaría preferentemente a la zona alta de la *acrópolis*, pero ya exponíamos nuestras dudas sobre tal aserto y sobre la confusión entre diversos autores que consideraban esa pretendida *acrópolis* unas veces en el Cerro de Bámbola, otras en el de San Paterno, e incluso en ambos. La descripción y plano de Sentenach que ya rebatimos en su momento dejaba desprotegida la ciudad por una deficiente ubicación según su trazado de la muralla. Hoy sabemos que Bilbilis, completando nuestras afirmaciones de 1972, estuvo totalmente circundada por murallas que la protegieron incluso en aquellos puntos altos y muy quebrados para los que hace cuarenta años pensamos no había sido necesaria su construcción por la facilidad natural de defensa y lo penoso de la tarea.

Ya en 1972 rebatimos la opinión de Sentenach, una vez más, descartando la puerta de la ciudad que él colocaba en el Barranco de los Sillares, parte inferior que sube desde el Jalón. Si bien es cierto que allí hubo una puerta monumental de la que quedan escasísimos vestigios, se puede determinar su emplazamiento sin gran dificultad e incluso asegurar que fue una puerta bien defendida y flanqueada por torres, pero situada más abajo del lugar donde la colocaba nuestro autor, ya que en tal lugar realizamos excavaciones en 1971 (zona SPP)⁵ y en ellas lo que se pudo definir fueron unas subestructuras con la salida de una cloaca, el basamento de un templo y la entrada de una vivienda con sus *fauces*, su *larario* con una pintura que representa a Fortuna, con *cornucopia* y *timón* y una escalinata en codo que conduce al interior.

En nuestro primer artículo hay varios puntos importantes que han sido modificados a la luz de las investigaciones en todos estos años, de los que se ha ido dando cuenta en publicaciones sucesivas, no globalmente. En primer lugar, afirmaba que la parte E, con los cortados a pico de San Paterno,

3 LOT, F.: *Recherches sur la population et la surface des cités remontant à la période Gallo-romaine*, 3 partes, Paris, E. Champion, 1946-1953.

4 SENTENACH, N.: *Excavaciones en Bilbilis, cerro de Bámbola Calatayud. Memoria de las exploraciones y excavaciones practicadas en el año 191*, Madrid, Tip. de la Revista de arch., bibl. y museos, 1918.

5 MARTÍN-BUENO, M.: *Bilbilis, estudio histórico arqueológico*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, Departamento de Historia antigua / Institución Fernando el Católico, 1975.



fig. 2. Reconstrucción virtual del conjunto del foro de Bilbilis.

que caen sobre el Jalón, habían carecido de muralla, innecesaria por la difícil topografía. Ese argumento válido en aquellas décadas no se sostiene hoy en día, ya que no concebimos una ciudad defendida por medio de recinto murado y dejando un espacio libre de esa protección. Realizadas las difíciles prospecciones de la zona, en la revisión topográfica de la ciudad, pudimos completar ese recorrido, del que tan solo han quedado pequeños vestigios, a veces simples indicios en la roca, pero suficientes para un ojo avezado, tanto que podemos disponer de un trazado confirmado de la muralla en esta zona que cierra la ciudad completamente.

Otra zona para la que había muchas incógnitas e incertidumbres en los años setenta, heredadas de los autores anteriores era la zona meridional, que debía estar protegida por ser la más accesible, pero que precisamente por ello sufrió una extracción masiva de piedra para crear bancales de cultivo, cuando no fue la propia muralla la que formó parte de ellos. La muralla desciende retranqueada bajo la puerta monumental que accede hacia el teatro. También estaba flanqueada por torres y llegaba a dicha puerta cómodamente desde el empalme a la vía 33 del Itinerario. Desde aquella continuaba flanqueando la vaguada de lo que fue el teatro, cerrando el barranco natural por debajo del espacio del *porticus post scaenam* para volver a girar por la parte inferior de Santa Bárbara, bajo el foro y sus pórticos, sin perder mucha altura y descender bordeando este promontorio para luego llegar a la parte inferior del Barranco de los Sillares e ir al encuentro de la puerta sur de la ciudad, con lo que el recinto queda completado.

Uno de los puntos sustanciales que en 1972 nos llevaron a error y que aunque luego rectificamos conviene corroborar, es que en aquel momento pensamos en un recinto murado de tipo trapezoidal, con lienzos en línea quebrada que se apoyaban en las irregularidades del terreno, pero carentes de torres. Más aún entonces hablábamos de la total ausencia de torres, mientras que la realidad, demostrada ya años más tarde y hoy reafirmada, es que las torres existen en el recinto murado de Bilbilis desde el trazado inicial; son solidarias con la propia muralla, no adosadas en ningún caso; son de planta cuadrada y su reparto no es regular dependiendo precisamente de las necesidades defensivas que aporta el terreno y también sirven como poderosos refuerzos o contrafuertes de la misma. La publicación en 1975 de unos enterramientos en una de las torres de la parte más alta de la ciudad⁶ ya desmentía la teoría anterior y daba cabida a estas estructuras, por otra parte tan lógicas en cualquier tipo de recinto murado. La apreciación primera se debió al peso interpretativo que ejercía un recinto de tipo helenístico, de muralla con lienzos que cambiaban de orientación adaptándose al terreno, que según precedentes orientales no requerían torres.

Respecto a las puertas de la ciudad, también el paso del tiempo ha modificado las atribuciones de manera significativa. Se mantiene la puerta, ahora principal, que accedía a la zona del teatro y el foro, siendo la segunda en importancia la situada al sur, en la parte baja del Barranco de los Sillares, que permitía igual que la anterior un tráfico de carruajes y personas, ambas flanqueadas con torres. Esta segunda puerta sería con toda seguridad la más frecuentada por la población para atender a las tareas agrícolas en las huertas del Jalón. Una tercera puerta, para peatones y caballerías, pero impracticable para carruajes, estaría situada en la parte alta de la ciudad entre las alturas de Bámbola y San Paterno, pero no queda bien definida y, sin embargo, sí lo está mejor como poterna en un ángulo de este lienzo norte. Tampoco descartamos por razones defensivas o de vigilancia alguna poterna más en la zona alta de Bámbola, así como en algún otro punto del recinto que no hemos podido precisar.

Respecto a los materiales constructivos que marcarían la fisonomía del recinto de manera indeleble, la muralla bilbilítana, construida a partir del primer tercio del siglo I a. E., que debió estar finalizada cuando se transforma en municipio, mantiene una apariencia de recinto antiguo, de aspecto helenístico en líneas quebradas bien firmes sobre el terreno, con sus torres de refuerzo, construida toda ella, salvo algún elemento de las puertas que no se ha conservado, con piedra irregular del propio terreno. De ahí la importancia de las canteras intramuros y en la parte alta esencialmente, desde donde podían ser fácilmente acarreadas al resto del perímetro que cerraba esas más de 24 ha, que ocupaba *Bilbilis Augusta*. Las zonas de extracción de piedra para la muralla son varias y en las proximidades, cuando no en el mismo emplazamiento del recorrido. Los frentes de cantera que son visibles para ojos expertos, así como los restos de talla, la utilización de bloques de mayor tamaño en las zonas próximas al punto de extracción, etcétera, son detalles que no se pueden obviar y son apreciables. La muralla, como el resto de los muros de la construcción en piedra en aparejo irregular de la ciudad, está colocada en seco, cuidadosamente trabada, con ripios bien seleccionados para mayor seguridad. Tenía, al menos en buena parte del recorrido, muro exterior e interior, relleno de piedra y tierra en menor cantidad lo que hacía que la obra fuese muy segura, de fácil drenaje y sin grandes riesgos de desmoronamiento. Se aprecian con claridad drenajes cada cierta distancia, salidas de cloacas y evacuaciones de agua de lluvia, aunque la ciudad tuvo un complejo sistema de cisternas, cuyo estudio abordamos de nuevo en otra parte, que procuraba recuperar toda el agua caída dado que una ciudad romana en altura tenía grandes necesidades del líquido elemento.

Aquí pues la nueva fisonomía externa de la ciudad romana de Bilbilis, que se completaría en esa imagen por la existencia de sus necrópolis y monumentos funerarios ya desaparecidos y tan solo

6 MARTÍN-BUENO, M.: «Bilbilis: Enterramientos indígenas en torres de muralla», *CNA XIII*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1975, pp. 701-706.

atestiguados por alguna inscripción residual.⁷ La comprensión del emplazamiento del municipio romano, de sus accesos y de las puertas que daban tránsito a los vivos servían también de asiento y recuerdo a quienes dejaron esta vida y pasaron la *Estigia*. Una de las necrópolis estuvo en el camino de acceso a la ciudad, en las inmediaciones del actual Centro de Interpretación y otra, seguramente la principal, al otro lado del Jalón en el emplazamiento de la Torre de Anchis. En su interior una ciudad escaparate, con sus monumentos niveos por las calizas blancas traídas desde las proximidades y los revestimientos marmóreos. Una ciudad encerrada tras poderosas murallas en un tiempo en que había poco que defender a no ser la propia civilización romana que pregonaban sus habitantes.⁸

7 MARTÍN-BUENO, M.: «Una conocida inscripción romana de Bilbilis», *Estudios*, II (1973), pp. 151-155. MARTÍN-BUENO, M. / NAVARRO, M.: «Estudios sobre la epigrafía romana de Bilbilis (E.R.Bil.)», *Veleia*, 14 (1997), pp. 205-239.

8 MARTÍN-BUENO, M. / MAGALLÓN, Á.: *Cuaderno de campo Grupo URBS, Bilbilis y Labitolosa*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2006. Con abundante bibliografía ampliada en ediciones posteriores.